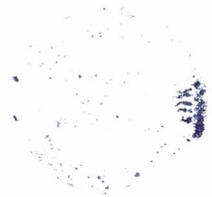


REVISTA ZONA **D** DOSSIER



DE LA FILOSOFÍA Y OTROS DISGUSTOS

Yobany Serna Castro Universidad de Caldas - baniego@hotmail.com

Resumen:

En este escrito se quieren exponer algunas de las causas que hacen que la filosofía sea vista con desinterés o molestia por quienes creen que el ejercicio filosófico no puede tener una incidencia relevante en nuestras prácticas sociales y humanas. Además de las causas que llevan a la formulación de juicios como los de inutilidad de la gran mayoría de las disquisiciones propias de la filosofía. Del mismo modo, se desarrollan algunas ideas que han llevado a posiciones críticas por parte de los mismos filósofos en relación con el modo de hacer uso del lenguaje y de expresar las ideas.

Palabras clave:

Filosofía, utilidad, lenguaje, ideas, relevancia.



Filosofía, s. Camino de muchos ramales que conduce de ninguna parte a la nada.

Ambrose Bierce

Un sentimiento de disgusto y desazón ha invadido a la filosofía. Su inutilidad, su complejidad y su enrevesado lenguaje, han sido los motores de la oposición del saber que desde los antiguos griegos ha despertado la curiosidad de los pueblos. No obstante tales imputaciones, hay que decir abiertamente que semejantes improperios parecen ser nada más que pálidos rezagos de una inocua y pobre voz. Pues bien, si los réditos no son sonantes y contantes en estas comarcas de la especulación, la aburrida elucubración y otros caprichos, quién dijo que por esto hay que gritar al viento largas, viejas y aburridas letanías en contra de lo que no parece ofrecer buenas esperanzas. Recordemos al respecto que mientras la ciencia, por ejemplo, ha dado alentadores pasos y nos proporciona una imagen del mundo más confiable que la que nos pudo ser legada por nuestra tradición, la filosofía, por el contrario, anda todavía pensando en los mismos dilemas que ocuparon a un Platón o al mismo Kant. Pareciese que antes que sabios, los filósofos fuesen holgados hombres con prestigio. Pero, nuevamente, qué hay de malo con que esto sea así.

Y las acusaciones continúan. Recordemos al respecto la inveterada y apollillada frase que dice algo como esto: **“hasta ahora los filósofos se han ocupado de interpretar el mundo, cuando lo que hay que hacer es transformarlo”**. Ciertamente, el problema prosigue cuando se piensa, por decir algo, en el enfoque de la enseñanza de la filosofía, porque si hay que cambiar al mundo, qué filosofía puede

lograrlo y cuál debe orientarse. Claro está que parecemos no entender la naturaleza del ejercicio filosófico, la cual, a grandes rasgos, consiste en analizar ciertos problemas que no son la fuente de preocupación de otros saberes, pero con la clara diferencia de que antes que instrumentos tecnológicos o métodos empíricos, la herramienta para hacerlo es el propio lenguaje.

De otro lado, la historia parece ofrecer algunos ejemplos que alimentan las diatribas del acusador. El hecho de que Tales de Mileto cayera en un foso mientras contemplaba el cielo estrellado —o andaba en una borrachera—, fue motivo para que se considerase la actividad que ejerció como algo abiertamente carente de valor. Del mismo modo, puede decirse que la filosofía no es más que un juego de palabras cuando recordamos las famosas aventuras del respetado escéptico René Descartes. Pues, si no hay certeza para afirmar la existencia de las otras mentes, cómo entonces jugar a los placeres con las respetadas cortesanas. No obstante, y aunque el escepticismo es una doctrina famosamente conocida, no hay por qué suponer que debemos tomarla al pie de la letra; de tener que ser así, ya nos habría aplastado un carro o al tirarnos desde lo alto, las duras rocas nos habrían recibido. Fácil es suponer que nadie, admitiendo nuestra natural cordura, se le aventaría a un carro para afirmar sus más fuertes dudas, o se tiraría al vacío para probar que está en lo cierto al asumir tan mentada posición filosófica. De todos modos, hay que decir que de especulaciones no sólo vive el filósofo.

No obstante, las críticas a la filosofía van más allá de lo meramente mencionado. Por ejemplo, mientras esperamos pacientemente la solución de un problema técnico o económico —aunque no siempre estemos de acuerdo con las pautas que se emplean—, con los problemas de la filosofía no sucede lo mismo. Lo cierto es que se ha recalcado el carácter insoluble de sus propios problemas, aunque nuestra mentalidad no nos lleve a comprender esto. Más aún, y en la medida en que esperamos resultados prácticos o útiles de todo o casi todas las actividades —incluso de la literatura y el arte— que practicamos, diremos, entre otros adefesios, que el ejercicio filosófico carece de relevancia social o cultural, pues cómo pueden las discusiones sobre el ser, la nada, el noúmeno o Dios, brindar respuestas a los problemas que como sociedad enfrentamos. Claro está que, para sorpresa del acusador, existe todavía una confusión sobre lo que es útil o socialmente relevante para una sociedad en particular. Porque, **“Seguramente que el concepto de lo útil para un ciudadano de la Edad Media sería distinto del nuestro. Porque los fines que ellos daban por sentados [...] eran muy distintos. Y tales fines eran distintos, porque su cosmovisión era distinta”** (Arango, 2006: 97).

Nuestra forma de entender el arte, la literatura y las humanidades, refleja las tendencias de una sociedad cada vez más alejada de los ideales griegos o renacentistas. Por ejemplo, parece un vicio mortal el hecho de que esperemos de la lite-

ratura una aportación genuina a la solución de los problemas de la sociedad; lo mismo puede decirse del arte. Cosas como el arte por el arte es una concepción equivocada de entender los fines de esta insigne y honorable práctica humana, han arrojado las más desconcertantes posiciones. Al punto de creerse que el fin del arte consiste en reflejar los vejámenes sociales de una clase social contra otra. Y aunque puedan darse excepciones, la mayor parte de las obras que reflejan estas ideas, no dejan de ser, como lo advirtió sabiamente Oscar Wilde, un simple panfleto y una mala creación.

De igual forma que sucede con el arte y la literatura, la filosofía no es ajena a estas desgracias. Muchos creerían heresiarcas a quienes defendieran la idea de que la filosofía profesa una ardiente admiración por lo que podría llamarse el saber por el saber, pero a disgusto de ellos, las cosas parecen demostrar que semejante idea es vista con deferencia y beneplácito por quienes practican el ejercicio de la filosofía. De todos modos, podemos comprender el porqué del encomio que hace del ocio el propio Aristóteles. Asimismo, si se tratara de justificar la importancia de estas cosas para la filosofía, podríamos sacar buenas cartas de nuestra manga.

En la medida en que la enseñanza de la filosofía es subsidiada por el Estado, podría argumentarse que sus investigaciones deberían servir para algo, porque si el ocio favorece a la filosofía, al gobierno, por el contrario, le resulta demasiado caro. No obstante, y al contrario de otras disciplinas que miden sus aportes en términos cuantitativos, los de la filosofía no pueden medirse en términos de sus publicaciones, pues es cierto que si bien el lenguaje es la herramienta del filósofo, no todas las palabras cumplen una función propiamente relevante. Más bien, hay que decir que el aporte de la filosofía podría pensarse en términos de la incidencia de sus ideas e investigaciones en las prácticas humanas, lo que supone una particular atención por las formas de pensar y actuar propias de los hombres. Esto haría posible **“despertar [...] una forma general de enfocar ciertas cuestiones que han fascinado a los humanos desde siempre, y cuyos beneficios se dispersan a lo largo de nuestras prácticas e instituciones, de maneras sutiles e imperceptibles”** (Ibíd. 99). De igual modo, si se nos exigiera una defensa adicional de la filosofía en términos de su relevancia social o cultural, podría argumentarse que mediante su práctica es posible reformar patrones de pensamiento que a la larga pueden tener influencia en aspectos políticos, morales, culturales, académicos o sociales. Por ejemplo, el hecho de que se necesite del filósofo para la solución de problemas morales o judiciales, como evidentemente ha sucedido, respalda nuestra confianza en la práctica de la filosofía. Aunque claro está, hay modos de hacer filosofía que vulgarmente desvirtúan nuestras creencias. Al respecto, puede hacerse hincapié en el hecho de que hay, por así decirlo, un enemigo mortal dentro de la misma filosofía.

Así como la nueva ciencia surgió de una reacción contra antiguas concepciones del mundo, nuevas formas de hacer filosofía han surgido de una similar —aunque no sincera— oposición. Por ejemplo, es un hito el fracaso del proyecto moderno, pero es una vergüenza lo que han hecho muchos de los que celebran semejante infortunio. Pareciese que antes que ofrecer buenas razones para dudar de los ideales de la modernidad, los contrincantes armaran un hombre de paja que fácilmente deja notar su debilidad. Así, hacemos de nuestro elemental medio de trabajo no más que un amasijo de términos que bien pueden llamarse retruécanos, verborrea o el himno a la galimatía. Pero como las palabras se las lleva el viento, nuestras denuncias se van junto con él. Cuando se ofrecen argumentos que demuestran la poca relevancia o validez de algunas posiciones filosóficas, la manera de resolver el conflicto quien defiende lo que no es convincente, es aduciendo que los medios para hacerse semejante denuncia corresponden propiamente al sistema con el que no se está de acuerdo. Además, y cuando existe un desprecio por la claridad, una extrema aberración por el uso de la lógica y una desidia por la buena argumentación, diremos sencillamente que la filosofía que acompaña estas ideas no es nada más que una práctica oscurantista.

Muchos han propuesto tesis filosóficas como una respuesta —y una queja— a otras tesis filosóficas y modos de entender la realidad. Es un caso conocido las acérrimas críticas de Schopenhauer a Hegel, de Nietzsche a la tradición occidental, de Heidegger a sus antecesores y de los vocingleros posmodernos con los que ciertamente parece no poder discutirse. Pero, aunque la filosofía vive y se nutre de la discusión, hay que evitar esa excusa de que entre concepciones diferentes no puede existir una confrontación, dada la incompatibilidad de los lenguajes y los modos de expresar las ideas. Para ejemplificar el asunto valgámonos de una obra conocida, la Fenomenología del Espíritu de Hegel.

Está bien querer decir cosas sobre la conciencia, sobre el espíritu, sobre lo que sea, pero mucho mejor es decirlas claramente. Podría pensarse que esos lenguajes confusos, oscuros y enigmáticos tienen como fin, antes que comunicar algo, evitar la crítica, la refutación. No es inapropiado aseverar que si se adelanta una objeción contra alguna idea confusa y ambigua, sus defensores advertirán nuestra incompreensión, nuestra falta de preparación para entender las ideas que más bien se asemejan a lodazales verbales. Citemos, por ejemplo, algunas sandeces de tan aburrido libro:

En el pensamiento captado por ella de que la conciencia singular es en sí esencia absoluta, la conciencia retorna a sí misma. Para la conciencia desventurada, el ser en sí es el más allá de sí misma. Pero su movimiento la ha llevado al siguiente resultado: la singularidad, en su desarrollo total, o la singularidad que es conciencia real, ha sido puesta como lo negativo de sí misma, es decir, como el extremo objetivo o ha desgajado de sí su ser para sí, convirtiéndolo en el ser; de este modo, ha devenido también para la conciencia su unidad con este universal que, para nosotros, no cae ya fuera de ella, puesto que lo singular superado es lo universal; y, como la conciencia se mantiene a sí misma en esta su negatividad, su esencia es en ella como tal.

(Hegel: 1966, 143).

Después de leer semejantes ocurrencias uno queda atolondrado y se hace necesario acudir donde alguien para que le explique el significado de este nido de palabras. Claro que las esperanzas se agotan si quienes pueden aclarar nuestras confusiones son los mismos hegelianos. Pues, como suele suceder, los vicios del autor se le pegan al que lee sus obras; y no sólo en el hablar, también en lo que a escribir se refiere las manías los persiguen. Pareciese que para ser hegeliano, o lo que sea, tuviera uno que asimilar hasta los vicios del autor. Pero bueno, esperemos que el significado de semejante oscuridad sea algo como esto: **“El texto quiere decir que la conciencia puede captar lo singular, lo distinto de ella, lo opuesto de ella y, al hacerlo, le otorga realidad”** (García: 2005, 120). ¡Qué bueno que Hegel lo hubiera dicho así!, pero seguramente su fama no habría sido tal. Quizás se piense que la genialidad de su obra radica precisamente en lo difícil que es para aprehenderla.

Aunque no se trata de descalificar la obra de este importante filósofo, hay que decir que precisamente por cosas como estas es que su obra parece no salir de un atolladero que imposibilita la comprensión de los temas de que habla. En todo caso, y aunque haya quienes puedan entender la profundidad de las ideas del filósofo suabo, o sean especialistas en desentrañar enredos, no por esto debe halagarse o ni siquiera discutirse que Hegel —y los que tienen un estilo parecido— escriba como lo hace. Pues, en todo caso, siguen habiendo mejores maneras para decir las cosas, las que pueden ser entendidas antes que por un grupo exclusivo, sí por muchos otros interesados en los temas abordados por este extraño filósofo.

Pero Hegel no está solo. Tomemos otra obra conocida, *El ser y el tiempo*.

Ante todo, uno se pregunta por qué hacer todo más difícil para impedir la comprensión, cuando precisamente una de las cosas que se esperan de la filosofía es la claridad; por la cual en estos tiempos habría que hacer una apología. Por ejemplo, y para referirnos a tan mentado libro, si se nos dijera que con la muerte todas las posibilidades del Dasein para seguir siendo o existiendo quedan suprimidas, podríamos, tras unos minutos de reflexión, entender lo que esto significa. Pero, si para decirnos esto tenemos que incurrir en cosas como: la muerte significa **“la posibilidad de la pura y simple imposibilidad del Dasein”**, o la muerte es la posibilidad de la imposibilidad de toda posibilidad, creo que la muerte nos sobrevendría y no habríamos terminado de entender semejante acertijo. Ciertamente, y aunque Heidegger tuviera en cuenta otros modos de expresión para referirse al ser, ya que el lenguaje occidental lo que hace es confundir las cosas, si para hablar de algo tan elemental necesitamos de semejantes vericuetos, lo mejor que podría hacer uno es evitar romperse la cabeza y emplear mejor el tiempo.

En el párrafo 34 de *El ser y el tiempo*, Heidegger expresa lo que bien, a despecho suyo, puede aplicársele a él y a los que hacen con peroratas algo que llaman filosofía. **“El decir muchas cosas sobre algo no garantiza lo más mínimo que se haga avanzar la comprensión. Al contrario: la verbosa prolijidad encubre lo comprendido, dándole la seudoclaridad, es decir, la incomprensibilidad de la trivialidad”** (1951: 183). Sería más loable el hecho de que, al igual que Wittgenstein reconoció al final del *Tractatus* un sinsentido, Heidegger pusiera estas palabras al final de su obra y las reconociera como parte de su autocrítica. Pero, como es de esperarse, creería él que afirmaciones como estas deben dirigirse a los que al hablar del ser no dieron en el blanco.

Con todo esto, hay que decir que:

Todo intelectual tiene una responsabilidad muy especial [...] debe presentar a sus congéneres (o “a la sociedad”) los resultados de su estudio lo más simple, clara y modestamente que pueda. Lo peor que pueden hacer los intelectuales —el pecado cardinal— es intentar establecerse como grandes profetas con respecto a sus congéneres e impresionarles con filosofías desconcertantes. Cualquiera que no sepa hablar de forma sencilla y con claridad no debería decir nada y seguir trabajando hasta que pueda hacerlo.

(Popper: 1994, 114.).

Otra manía que gobierna al interior de ciertos círculos académicos es la que corresponde a la idea de una supuesta y arbitraria imposición del modo como deben ser expresados los pensamientos. Las acusaciones han sido pronunciadas con un aire de sospecha que deja intuir la imposibilidad para la confrontación o la discusión racional. Por tal motivo, cuando se alega —y aboga— por la claridad conceptual o la buena argumentación, se suele decir que semejante obligación no es más que el prejuicio —o la impostura— de los que asumen la filosofía como una actividad que se alimenta de principios como estos. Y aunque ha habido casos en los que ciertas ideas se han impuesto casi dogmáticamente, lo cierto es que, con independencia de nuestras apetencias, la filosofía sí necesita de la correcta y clara expresión del lenguaje, pues, en todo caso, éste es nuestro recurso de comunicación.

Está bien reconocer que no hay un único modo de hacer uso del lenguaje, pero es apenas comprensible que lo que se dice debe ser entendible. Sería irrisorio —o es irrisorio— que se crea que la urgencia de buenos modales en la escritura, es la imposición de filosofías que suelen acoger el método de la claridad como un paso necesario para hacer buena filosofía. Conocidas son las críticas al positi-

vismo o a la filosofía analítica, y a lo mejor sean algunas de éstas correctas, pero en cuanto a la urgencia de una buena expresión de lo que se dice, creo que no hay nada que discutirles.

Muchos sabemos de los problemas de filosofías como las de Platón, Nietzsche o Schopenhauer, pero, no obstante, debemos elogiarles a estos filósofos el hecho de que hayan sido notables estilistas. De todos modos, no es una exageración sostener que por la claridad de su estilo, es que podemos decir algo sobre ellos.

[CITAS DEL ENSAYO DE HABERMAS] [MI "TRADUCCIÓN"]

La totalidad social no tiene vida alguna propia más allá de lo que une y de lo que ella misma está compuesta.

La sociedad se compone de conexiones sociales.

Produce y se reproduce mediante sus elementos individuales.

Estas diferentes conexiones generan de algún modo la sociedad.

[...] Adorno comprende la sociedad en términos de categorías, que no niegan su descendencia de la lógica de Hegel.

[...] Adorno utiliza una terminología que recuerda la de Hegel.

Concibe la sociedad como una totalidad en sentido estrictamente dialéctico, que impide la comprensión orgánica del todo en términos del enunciado que es más que la suma de sus partes.

ésta es la razón (sic) por la que no dice que el todo es más que la suma de sus partes. (Ibíd. 126-127)

Cosa que, pese a los apabullantes lamentos de los chamanes del lenguaje, parece haberse olvidado, y junto con esto, el respeto por nuestra amada lengua. Además, esto demuestra que la exigencia de la claridad o la argumentación no es ningún síntoma peligroso, nacido al interior de filosofías igualmente peligrosas. Otro punto sobre el que vale la pena llamar la atención es el que tiene que ver con esa extraña moda —o patología— de transformar lo conocible en una simple barbaridad. Todos sabemos, por ejemplo, que existe algo como el lenguaje, las metáforas y el rostro; también sabemos cuál es su significado. Pero, qué cosa significa lenguajeante, metaforicidad, rostridad, nadear o, escúchese esto, el silencio ruidoso. Si tratáramos de entender qué significa cualquiera de estas obsesiones, muchos e injustificados dolores de cabeza tendríamos que padecer. Además, no tardaríamos en reconocer que nuestras divagaciones carecerían de

valor alguno, pues los laberintos en los que lo sume a uno semejante aberración parecen no tener salida.

Aceptemos que está bien cuestionar o ir en contra de posiciones equivocadas, pero no caigamos en la trampa del todo vale. Vicios como los presentados a lo mejor hacen parte de las consignas de los que proclaman la posibilidad de hablar del mundo a partir de nuevos usos —y abusos— del lenguaje, gracias a la creencia de que no hay principios absolutos, o la verdad no es una, o Dios ha muerto, y otros viejos apotegmas. Si bien puede ser cierto que nuestro lenguaje no nos permite hablar con precisión del mundo, no por esto debe suponerse que todo en el discurso debe elogiarse o, simplemente, reconocerse como justo. Kant, por ejemplo, admite que el hombre no puede conocer el mundo como es en sí mismo. Pero, como buen filósofo, no incurre en boberías frente a nuestras limitaciones para conocer el noúmeno.

Para atender otro aspecto dentro de tanto malestar, podemos centrarnos en lo que respecta a la economía del lenguaje y a la buena expresión de las ideas. Harto son conocidas esas barrocas y eternas sentencias que si las resumiéramos sería tras el disgusto que nos despertaría que la comunicación de, por así decirlo, profundos pensamientos. Lo cierto es que, tratándose de autores como Husserl, Foucault o Habermas, por ejemplo, y para no eternizar la lista de autores, cosas como estas son, antes que una muestra de erudición, la prueba de que, como lo dijo Hölderlin, el lenguaje es nuestro bien más peligroso. Del mismo modo, pareciese que la verborrea fuese necesaria para no incurrir en simplicidades. Pues, a demás de las manías hasta aquí comentadas, otro vicio actual en filosofía e incluso en las ciencias del hombre, es el que tiene que ver con la pretensión de expresar los pensamientos de manera tal que se puedan considerar como originales, profundos, complejos, pero nunca como fatuos o poco relevantes.

Al respecto, Karl Popper cita algunas ideas del profesor Habermas que pueden tomarse como ejemplo de esto que decimos. No obstante, y a renglón seguido, ofrece una traducción de las cosas que Habermas dice, pero con la clara diferencia de que lo hace mucho mejor y con más simplicidad:

Decir las cosas mucho más simple y no con eufemismos o giros retóricos, facilita el proceso de comunicación; permite que la discusión se dé mucho mejor. Sin embargo, en los tiempos de extrañas modas, parece que escribir de manera tal que el único que entiende es el propio autor, no es más que una especie de enfermedad que comenzó ha hacernos daño; y lo peor, se ha llegado a elogiar, icasi endiosar!, al cultor de exposiciones que siguen con fidelidad la idea de enredar el lenguaje.

Como lo dice el profesor Pablo R. Arango, si uno quiere que le publiquen un libro o lo inviten a dar una conferencia, déjese de ser claro y, más bien, dedíquese a escribir **“como un alemán”**.

Parecemos los tristes espectadores de la decadencia del lenguaje. Las buenas letras parecen una historia apenas soñada. Al igual que se ha perdido el sentimiento —o el interés— por lo estético, el gusto por la buena expresión dejó de llamarnos la atención. Hoy a una raya o a un simple montón de cachivaches le dan el nombre de obra de arte. Asimismo, a cualquier obscenidad le damos el tributo de lenguaje inteligible; o en todo caso de expresión con sentido. Por tal motivo, **“¿Debemos, a pesar de todo, admitir que la vida del lenguaje se parece a la de una planta, que salida de un simple germen, de un insignificante retoño, se desarrolla poco a poco, alcanza su punto culminante, y, a partir de aquí, empieza a declinar insensiblemente, por lo que envejece, pero que sólo conocemos esta declinación, y no el anterior crecimiento?”** (Schopenhauer: 2001, 184-185).



REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ARANGO, Pablo Rolando. (2006) De la belleza y otros caprichos de conservador. Manizales: Universidad de Caldas.
- GARCÍA, Luís Enrique. (2005) La filosofía analítica: una presentación. En: Discusiones filosóficas. Año 6. No. 9. Manizales: Universidad de Caldas. pp.113-155.
- HEGEL, G. W. F. (1966) Fenomenología del espíritu. Traducción de Wenceslao Roces, con la colaboración de Ricardo Guerra. México: Fondo de Cultura Económica.
- HEIDEGGER, Martin. (1951) El ser y el tiempo. Traducción de José Gaos. México: Fondo de Cultura Económica.
- POPPER, Karl. (1996) En busca de un mundo mejor. Traducción de Jorge Vigil Rubio. Barcelona: Paidós.
- SHOPENHAUER, Arthur. (2001) La lectura, los libros y otros ensayos. Traducción de Edmundo González-Blanco. 3ra edición. Madrid: Edaf.